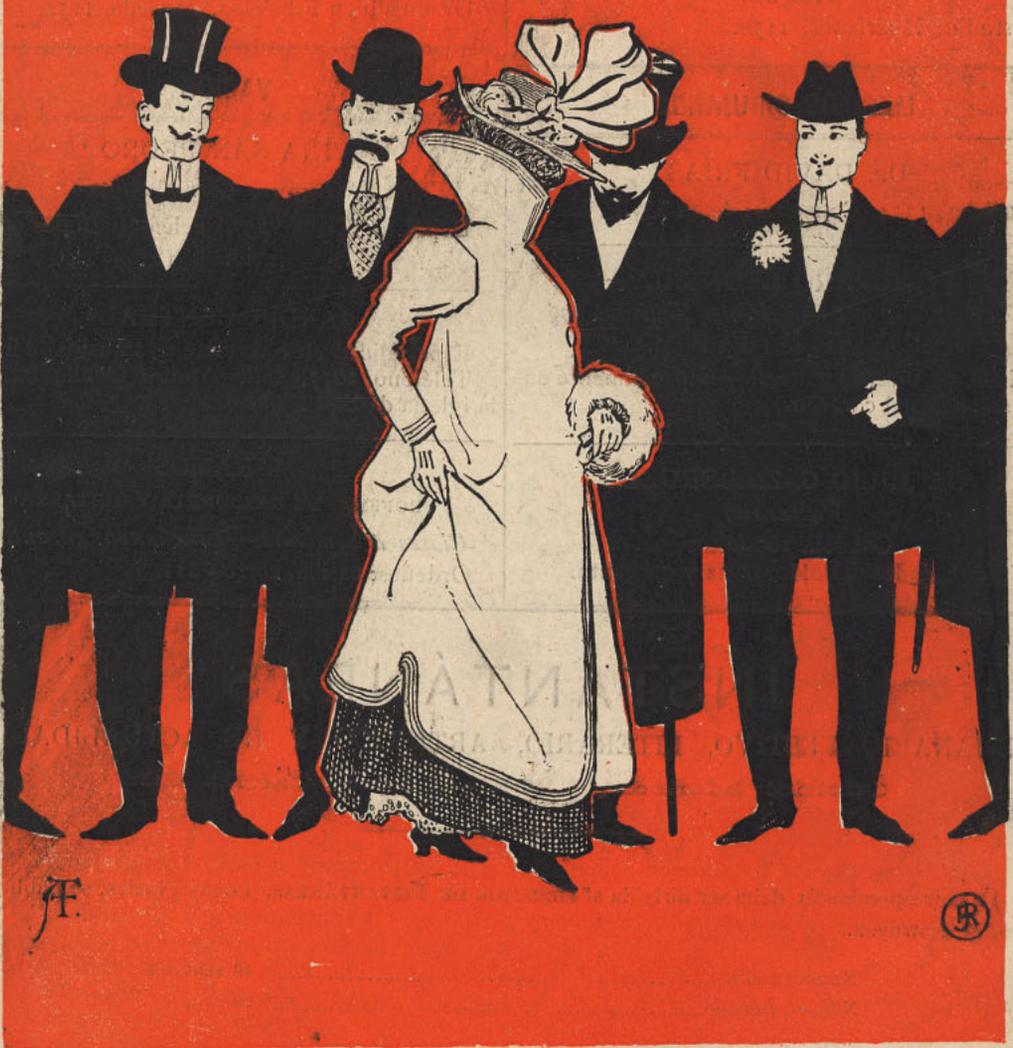


INSTANTANEA



SILUETAS POR A. FAURÉ

Núm. 20

GUÍA PROFESIONAL É INDUSTRIAL

DE

"INSTANTÁNEAS"

ABOGADOS	DENTISTAS
<p>VICENTE ECHEVERRÍA <i>Abogado</i> San Ignacio, 174.</p>	<p>CONSULTORIO DENTAL del Dr. E. FERNÁNDEZ PRADA Morandé, 131. Consultas: de 9 á 11 y de 2 á 5</p>
<p>LUIS A. SANTANDER RUIZ <i>Abogado</i> San Antonio, 580; Empresa de Agua Potable.</p>	<p>FLORENCIO HERNÁNDEZ <i>Dentista</i> Teatinos, 32. Consultas: desde 1 P. M.</p>
<p>J. LUIS CORNEJO JIMÉNEZ <i>Abogado</i> Estudio: Huérfanos, 1150.</p>	<p>DR. RICARDO LARENAS <i>Dentista</i> Graduado en Filadelfia. Moneda, 1154.</p>
MÉDICOS CIRUJANOS	VARIOS
<p>DR. DÁVID FRÍAS Delicias, 1354. Consultas: de 12 á 3 P. M.</p>	<p>VIÑA SAN PEDRO <i>J. Gregorio Correa Albano</i> Depósito: Claras, 257. Teléfono Inglés 975. Nacional 318</p>
<p>DR. ÁLVARO LEÓN SILVA <i>Victoria, N.º 321 — Teléfono Nacional 396</i> Consultas de 1 á 3 P. M. Medicina interna general.—Especialmente en- fermedades del corazón.</p>	<p>JARDIN CENTRAL Especialidad en toda clase de trabajos en flores. Teléfono 1077, calle Alonso Ovalle, frente á la iglesia de San Ignacio.</p>
<p>DR. JULIO C. ZILLERUELO <i>Valparaíso</i> Condell, 160 (altos) Enfermedades del oído, nariz y garganta.</p>	<p>M. RAMOS PROFESOR DE BANDURRIA Y GUITARRA <i>Clases á domicilio — Enseñanza garantida</i> Órdenes: casilla, correo 211.</p>

INSTANTÁNEAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

Oficina: Moneda, 1164. — Correo: Casilla 655

La correspondencia debe ser dirigida al DIRECTOR DE INSTANTÁNEAS. Los originales, se publiquen ó no, se destruyen.

Número suelto..... 10 centavos
Número atrasado..... 20 „

Se admiten suscripciones sólo para fuera de Santiago á cinco pesos anuales, de 1.º de abril á 31 de marzo de cada año.
Se advierte á los comerciantes que exijan recibos impresos y timbrados á los agentes de avisos si pagan el valor adelantado.

INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

ES PROPIEDAD

Año 1

Santiago, 12 de Agosto de 1900

Núm. 20

CANDIDATOS

Don GERMÁN RIESCO

Es senador por Talca, ha sido Ministro de la Corte y tiene uno de los primeros bufetes de abogado de la República.

Se le estima por su buen juicio, por su clara inteligencia en asuntos jurídicos y por un portentoso sentido práctico que lo ha hecho acertar en casi todas las cosas de su vida. El *casí* se refiere más á lo futuro que á lo pasado.

En política, es liberal; pero no tiene una colocación clara y terminante entre los diversos grupos del liberalismo. Hombre moderado, espíritu culto, inteligencia equilibrada, está lejos del extremo radical. Cuenta como base política, como punto de apoyo, como estación de partida, al grupo liberal doctrinario, á pesar de que no ha sentado en él sus reales.

Sin una larga carrera política, sin haber tenido infancia política, se ha encontrado de repente en una situación elevada y espectante.

Consejero en muchos casos de S. E. el señor Errázuriz, ha mostrado tener talla para dirigir los difíciles asuntos internacionales que toca resolver casi simultáneamente á nuestra cancillería.

Se tiene gran fe en su patriotismo, en su inteligencia abierta á todos los horizontes, en su rectitud de magistrado y en su probidad de hombre.

Aunque se ha demostrado en muchas ocasiones tímido, indeciso, sus amigos no dudan que sus espléndidas facultades de gobernante se desarrollarían con vigor y seguridad.

Cuenta, como el señor Lazzano, con elementos de todos los partidos; pero teniendo una base liberal más segura y numerosa.

Su personalidad moral, intelectual y política, goza de gran respeto en nuestro país. Como magistrado reveló una ilustración vastísima, un buen sentido excelente y una constante seguridad de conciencia en sus fallos.

Como político, es carta nueva. Se le conoce como hombre sano, de orden, de seriedad, de administración, pero no se sabe á punto fijo su índole ni sus rumbos.

Ha conseguido el señor Riesco su reputación envidiable de hombre probo y de talento, no teniendo á su servicio las fáciles ocasiones que brinda la política. Esto hace pensar que su mérito es muy acrisolado y de buena ley.



Don PEDRO MONTT

Es verdad que don Pedro Montt es hombre que tiene muchísimos enemigos; pero no se puede negar que nadie tiene como él amigos más decididos, más fieles, más sinceros.

Un hombre que sabe producir en torno suyo enemistades enconadas y entusiasmos locos, no es, no puede ser un hombre vulgar.

Sus resistencias, los odios, los rencores, son propios de todo hombre de acción, de toda inteligencia activa, de toda fuerza impulsora. Quien nada hace, á nadie toca y por consiguiente de nadie tiene que temer la resistencia, el odio ó el rencor.

Hecho de hierro para la vida, impasible para el fragor de la batalla política, invulnerable para el combate parlamentario cuerpo á cuerpo, tiene don Pedro Montt innegable talla de conductor de pueblos, sin atender á que lleva ya en la sangre tradiciones históricas que los chilenos no podrán olvidar jamás.

Se le teme, porque es rígido, porque administra, y administrar en estos tiempos es levantar ronchas á todos lados.

Hemos llegado á hacernos tan normal, tan regular, tan cómoda esta vida administrativa relajada en que vivimos, que se nos hace cuesta arriba pensar en un hombre que encarna el régimen antiguo, y que puede haber sido todo lo politiquero que se diga, en el Congreso, pero que será un administrador incomparable en el Gobierno.

Hemos visto á don Pedro Montt en horas difíciles en el Congreso. Tenía de rival á don Enrique Mac-Iver.

Íbamos, pues, á presenciar el combate de dos paladines que esgrimían el florete parlamentario, con deseos de darse golpes de muerte. Mac-Iver hablaba con los labios á pesar de que se llevaba la mano al corazón; don Pedro Montt hablaba con la inteligencia á pesar de que parecía imposible que discurriera tan rápidamente como hablaba. Uno hacía períodos oratorios, bien cortados, bien medidos, bien pensados; se le escuchaba con el agrado con que se escucha á Novelli recitando el monólogo de Hamlet. Don Pedro Montt lanzaba como un torrente sus argumentos, eslabonados como una cadena de hierro; se le oía como quien oye la revuelta improvisación de un músico inspirado.

Estudioso, observador, de memoria espléndida, de cabeza firme y bien organizada, sigue simultáneamente un debate en el Senado y lee un capítulo de la última revista francesa.

Como soldado viejo se ríe de las balas y no las teme. Cuando sabe que un diario lo insulta, jamás lo lleva la curiosidad á leer el insulto. ¡Está tan acostumbrado á oírlos en la Casa de Orates!

Él sabe que tiene resistencia; pero sabe que todo hombre que reflexione, que sepa la historia de este país y lo que necesita para el futuro, lo acompañará hasta el fin.

Se ha dicho que es mejor que tener un gran ejército, conservar cuadros de tropa veterana, bien segura, bien aguerrida, bien fogueada, para después instruir con ellos á las grandes masas armadas.

Don Pedro Montt, tenía cuadros veteranos. Hoy los cuadros se han desplegado y admiten reclutas.

No puede negarse que hasta el momento, va á la batalla en excelentes condiciones.

¿Pero quién podría ya vislumbrar el rumbo de esta agitación política?



Don FERNANDO LAZCANO

Es el presidente del Senado y ha llegado ya á la meta de la política, á esa meta en la cual es fácil tentarse con la banda presidencial.

Si don Fernando Lazcano fuera iluso, ó inocente, se podría pensar que se dejara tentar de esa banda exponiéndose á un resbalón definitivo. Pero quien conozca su carácter reservado, astuto, prudente, perspicaz, no esperará que el señor Lazcano dé nunca un paso en falso.

Está hecho para la política, y reúne todas las condiciones de un excelente jefe de partido. Caballeroso, fino, atento, sagaz, con gran conocimiento de los hombres, dúctil, sereno de espíritu; habría sido un eximio pescador de peces grandes, porque sabe echar como nadie las redes, y como nadie recoger el fruto sin perderlo.

Siempre en una situación política tranquila, no ha levantado las resistencias de otros caudillos. Mejor dicho, nunca ha acaudillado; siempre ha dirigido.

Las asperezas de otros han venido á suavizarse en él. A ratos ha tenido en la política movimientos sigilosos de culebra; á ratos actitudes francas é hidalgas de caballero antiguo. Ha aprovechado en su favor como político, sus condiciones externas de hombre correctísimo, fino y cortésano, y quien le vea sonreír amablemente, no le puede creer que sea uno de los candidatos que tiene más trastienda y vé más claro.

Sus amigos políticos no están en un partido. Elementos de todos los partidos, elementos políticamente contradictorios, lo comienzan á rodear y á impulsar. Conservadores, liberales de gobierno, liberales-democráticos, y hasta radicales se acercan al señor Lazcano y le forman estado mayor.

Vale mucho para él no mostrar todavía su camino, no soltar las velas, no mover las venas, esperar que salgan otros antes. Un hombre cauto debe convencerse que quien se cae desde tanta altura, por lo menos se fractura para siempre la cabeza!



Entretanto es un elemento de consideración que ha venido á complicar el problema; pero quien sabe si á despejarle en poco tiempo más.

El señor Montt y el señor Lazcano son hombres de acción. Tienen diferentes estrategias; pero los dos son partidarios en política de la guerra ofensiva. El señor Riesco prefiere la defensiva.

LOS ANARQUISTAS

Se ha corrido últimamente que los anarquistas son hombres sin antecedentes, sin historia, nacidos ayer, que forman una secta nueva, una infame tendencia de este siglo...

Nosotros disentimos modestamente de todas estas afirmaciones. Los anarquistas son tan viejos como el mundo. Autores hay muy graves, tan graves que casi nadie los lee por temor al insomnio, que opinan que Caín era lisa y llanamente un anarquista, y que si usó una quijada de burro y no un instrumento más moderno, fué por la sencilla razón de que todavía no se habían inventado ni los revólvers ni las navajas de afeitar.

Sin embargo, no creemos que la cuna del anarquismo se remonte á tan lejana época.

Tenemos serias razones para afirmar que el anarquismo viene de la torre de Babel, porque los libros sagrados son muy claros y terminantes: *vino entonces la anarquía de las lenguas.*

El que la anarquía fuera lingual no significa nada... por el contrario, significa mucho. El que es anarquista de lengua, es decir el que profesa el anarquismo verbal, lo enseña á los demás y ya tenemos la propaganda anarquista que ha sido la que trastornó á Bressi, volviéndole de obrero bueno y sosegado que era, un malvado digno de la horca.

Sansón fué un anarquista, que la tomó con los templos y los edificios. Si no mató ningún rey, fué porque ninguno tuvo á manos; pero en cuanto se encontró entre dos columnas se aferró á ellas y trajo al suelo toda la construcción.

Andando los tiempos el anarquismo tomó diversas formas, y ya parece que en la construcción del templo de Salomón hubo conatos de huelga, prontamente sofocados con un aumento de salarios.

Entre los judíos prendió el anarquismo horriblemente, y anarquistas fueron los instrumentos de la Providencia para el sacrificio del Calvario.

Los soberanos han estado siempre amenazados en la historia, y los emperadores romanos fueron continuamente víctimas de los anarquistas, que ya por entonces tomaban asiento en Italia.

Cronwel fué un anarquista, y también lo fueron los que llevaron al cadalso á Luis XVI... sin ofender á nadie.

La anarquía ha existido siempre, principalmente en el suceso histórico conocido con el nombre de la San Bartolomé.

Así como un toro se enfurece con el color rojo, un anarquista embiste cuando ve á un soberano, mucho más cuando el soberano va en coche abierto y el coche tiene pisadera. Es cuestión de educación y de maneras.



CONSEJOS PARA IR AL TEATRO

No vayas á óperas de menos de cuatro actos, son de poco interés y sale el acto á un precio exorbitante. *La Africana*, que tiene cinco actos, sale en platea á \$ 0.80 el acto, quedando cuatro entreactos de yapa. *El Barbero de Sevilla* cuesta el acto \$ 1.33 y no tiene más que dos entreactos. En cazuela vulgar un acto de *Mefistófeles* cuesta ocho centavos. La elección es clara.

Si vas á cazuela hazlo con cierta parsimonia porque es mal visto.

En días de trabajo no cometas el error de pagar una luneta; toma entrada general, llega un poco atrasado y encontrarás inmensas superficies de lunetas vacías.

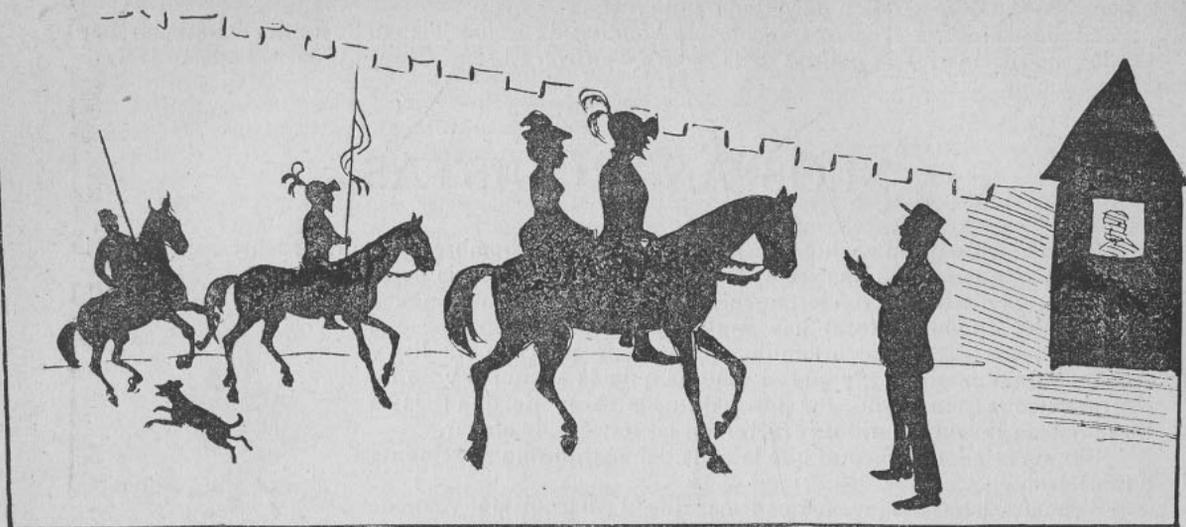
No te dejes nunca deslumbrar por la belleza de algunas damas, que es belleza fútil que se evapora al primer soplo de la brisa.

No charles de una manera estrepitosa durante la representación, que todo hombre culto debe aparentar por lo menos comprender las bellezas de la música.

No sacarse el sombrero cuando se levanta el telón es una rotería, eso se hace solo en cazuela.

Es feo mirar con complacencia el procenio durante los bailes.

En fin, hay que andar con mucha prudencia.



LA FUNDACIÓN DE SANTIAGO

No hace pocos días, amanecí con el humor un poco extravagante y deseando respirar los aires primaverales que empiezan á correr y gozar de los panoramas de los contornos de Santiago, me dirigí inconcientemente al Cerro Santa Lucía.

En el momento en que tomaba boleto de entrada, sentí á mis espaldas en la calle de Bretón el choque de los cascos de una numerosa cabalgata, sobre el empedrado de la calle solitaria.

Era un pelotón extraño de soldados de caballería, armados á la usanza del siglo XVI, con botas hasta medio muslo cubiertas de polvo, lo mismo que las gastadas armaduras y los flacos pero vigorosos caballos.

Marchaba á la cabeza de la cabalgata un personaje de rostro moreno, cuyos ojos rodeados de contornos rugosos parecían fijos en un punto que marchaba delante de él.

A la grupa de su yegua andaluza, iba sentada una mujer, en cuyo rostro tostado por los soles del desierto, estaban impresas la juventud y la belleza ardiente de las mujeres españolas.

Detrás marchaban á pie ó á caballo, un buen número de soldados, entre cuyas apretadas filas se veía uno que otro fraile montado en escuálida mula.

Había yo visto alguno de esos rostros, la catadura del capitán no me era desconocida.

El retrato de ese hombre era el que bajo doseles de escarlata preside silencioso las sesiones municipales.

Era el capitán don Pedro de Valdivia á la cabeza de su mesnada de conquistadores.

Y la mujer que llevaba á la grupa, era doña Inés de Suárez, la primera mujer de raza blanca que pisó la pedregosa ribera del Mapocho.

El capitán quiso pasar de largo por la boletería; pero á la voz de la boletera que le cobraba las entradas detuvo su caballo casi encima de mí.

—¡Cuánto valen! Preguntó el capitán.

—A pie, cinco centavos por persona.

Don Pedro bajó del caballo, imitándolo los de su comitiva; yo acudí presuroso á bajar á doña Inés de Suárez, tomándola por la cintura; pero el capitán con malos modos me dijo:

—Deje vuesa merced de apealla, que ella se basta para bajarse sola, deme mejor vuesa merced dos pesos y no sea Vd. cuitado que el Rey Nuestro Señor, á quien Dios guarde, se los pagará con creces.

Quise replicar; pero las negras bocas de unos cuantos arcabuces me hicieron comprender que el conquistador de Chile era un término medio entre sablista y bandolero.

Pagó las entradas el capitán con mis economías y comenzó á subir el cerro seguido por su escolta y por mí, que no me cabía en mi pellejo con la curiosidad de ver el móvil que llevaba allí al famoso y valiente capitán.

Y no era de poca monta, porque á los pocos momentos, dijo:

—Apresuremos el paso que ya va siendo tiempo de fundar á Santiago y mientras llegamos á la cumbre voy á tomar lenguas de los usos del país de este joven que parece natural de la tierra.

Yo me presté gustoso para informarlo y él me preguntó:

—¿A quién puedo dar el gracioso mensaje, que su Majestad el Rey don Felipe II al señor de esta región envía?

No encontré muy gracioso el tal recado, que bien sabía yo á dónde iba y que otros iguales inventaban todos los conquistadores en sus viajes.

—Esa es una cuestión administrativa, contestéle, sacándole el cuerpo á la pregunta; pero lo primero que debe hacer es presentarle sus credenciales al Presidente.

—¿Pero quién es el presidente ó cacique de esta tierra?

—Don-Federico Errázuriz ó, mejor dicho, don-Elías Fernández ó también el Congreso, según...

—Con que anarquía tenemos? Bien decía Pancho Pizarro que el reino de Chile era de fácil conquista por su desgobierno que no alcanza á ser equilibrado por la fortaleza y valentía de sus habitantes. Pero dejemos esas cosas para después, que tiempo habrá de tratarlas.

Por el camino vió unas piedras llenas de fechas, versos, nombres y chocarrerías; en el medio se destacaba cerrada por una llave la siguiente inscripción:

TIMOTEO 2.º ZAPATA ZÚÑIGA

ADELA

—Este es, dijo, el que vosotros los indígenas llamáis el Registro Civil, donde los cónyuges apuntan sus nombres para constancia de su enlace?

—Nó señor, en estas piedras dejan los transeuntes sus nombres para constancia de su tontería.

En estas y otras conversaciones llegamos á la plazuela de Pedro Valdivia.

—¿A quién representa ese rollizo monstruo que con pretensiones de estatua se alza en medio de este hermoso paseo?

—Lea la inscripción, dije, y verá que la estatua representa á su señoría.

—Os burláis de mí, seor mequetrefe, que un hombre de mi valía es digno de una estatua ecuestre y nó de esta mole blanqueada, con la cual ha querido hacer escarnio de mi memoria la posteridad.

Acercóse entonces á la estatua y al leer aquello de que don Pedro de Valdivia fundó á Santiago, dijo:

—Estaba escrito de que yo debía ser el fundador de esta magnífica ciudad, cuyo inmenso panorama se contempla desde este cerro, subamos, pues, aventajados conquistadores y procedamos á la ceremonia; fray Marmolejo preparad vuestros olvidados latines y tomemos todos actitudes tribunicias en el solemne acto que llevamos á cabo.

—¿No sería mejor esperar que dieran las doce, observé yo, para que el estampido del cañón viniera á coronar el acto solemne?

—Cierto, dijo Valdivia, pero ya está muy cerca esa hora, así que podemos subir hasta el kiosko de su cumbre.

Subieron, en efecto, y todos no cabían en el mirador que parecía quererse venir abajo por el peso de tanto hombre y de tanto fierro. Valdivia sacándose el yelmo con respeto, alzando los ojos al cielo y extendiendo sus manos dijo:

—Yo, Pedro de Valdivia, capitán de los reales ejércitos y conquistador de este reino, en nombre del rey de España, señor del nuevo mundo, conde de Villapodrida y marqués de Casa fea, gran mandarín de los aztecas y emperador de los mapuches, te fundo, oh republicana ciudad de Santiago de Chile.

Y después de breve pausa continuó:

—Tendrás doncellas garridas y coquetas, que ornamentarán tus calles, y servirán de leales cónyuges á tus moradores; tendrás acequias pestilentes, carros urbanos tardos, municipalidad politiquera y teatros en los cuales graznarán con estridente vocerío toda clase de mamarrachos.

Todos nos quedamos mudos ante ante aquel imponente apóstrofe, y yo en particular, sentía profunda felicidad al ver á Santiago fundado de una manera sólida y duradera.

Vino á turbar nuestro silencio el cañonazo de las doce que fué seguido por una descarga de arcabucería y por un extraño *Te Deum* de Marmolejo que estaba muy por abajo del Té 18.

El fundador debió sentir que aquel té era bastante seco; porque acercándose á mí y golpeándome fuerte y amigablemente la espalda con sus manoplas de fierro me dijo:

—Si vuesa merced me conduce ahora á un restaurant que existe á la mitad de la altura de este cerro, quedaré altamente agradecido...

—¡Viva! gritaron todos, Santiago cierra España!

Bajamos: aquellos hombres se relamían los bigotes pensando en los licores que iban á catar.

Al llegar esa extraña comparsa, se produjo en el restaurant una conmoción de horror, porque las picas y los arcabuces topaban con las lámparas, ensartaban las marraquetas y rompían las copas; pero sonaban los tapones de las botellas de champagne, todos bebían por litros y sin pestañar é Inés de Suárez cantaba:

Es de valientes homes
beber champagne y jerez;
pero conquistar á Chile
de homes más gallos es,



Comencé á perder la cabeza, veía tod^o aquello acrecentado y doble, los cascos llegaban hasta el techo, por las ventanas los tejados de las casas se mecían como las olas del mar, enfrente de mí veía al capitán desabrocharse la coraza con gran dificultad porque lo ahogaba; por fin, aquello se desvaneció lentamente y cayó sobre mí letal sueño.

Cuando desperté, me cubrí de rubor ante el recuerdo de aquella demasiado histórica orgía y traté de tentar algo con las manos, temiendo encontrarme con las patas de las mesas ó los férreos sustentáculos de los conquistadores; pero sentí en mi cuello las sábanas del lecho. Todo había sido un sueño.



DEUTERONOMIO LÓPEZ

FOTÓGRAFOS

La fotografía al alcance de todos es una de las mayores calamidades de los tiempos modernos.

Antes la fotografía estaba retraída en la galería fotográfica, bajo las miradas amantes del artista-fotógrafo. Hoy rueda por las calles en forma de *detective*, penetra al hogar doméstico sobre los tripodes portátiles, y vulgariza en términos inconcebibles la reproducción instantánea del hombre.

La fotografía ya no es un arte, ni una profesión; es una enfermedad nerviosa.

El que siente la atracción de los lentes, y de la perita de goma y de los *chassis* dobles, rueda por el plano inclinado de las planchas Cramer, Lumière, Jougles ó Daquerieu, hasta quedar sin un centavo.

La frase «del Capitolio á la roca Tarpeya», se traduce en lenguaje fotográfico: «de la Cámara oscura á la indigencia.»

En realidad, un fotógrafo de afición tiene que marchar insensiblemente á la ruina, por el inmenso campo que se le presenta ante el objetivo de la máquina.

Si tiene primas, le será necesario retratarlas, primero en traje de casa, con el pelo suelto, la cara no lavada; después con manto en actitud devota y compungida; en seguida con sombrero, aire coquetín y posturas estudiadas; más tarde haciendo cuadros plásticos: *La fe, Las dulzuras del Hogar, La máquina Singer, etc., etc.*,

—Vd. Manolo que es fotógrafo—le dice al aficionado una señora amiga—véngase con la máquina mañana de dos á tres á tomarse una taza de chocolate y á retratarme de paso al loro que está hecho una monada.

Después resulta que el loro se movió, que el perfil no le resultó todo lo griego que habría deseado la señora, que las planchas se velaron. Y es necesario repetir la operación; pero esta vez sin el aliciente de la taza de chocolate.

Por otra parte, son imponderables los martirios del fotógrafo que se siente con vocación á los grupos.

¡Oh! los grupos! Quien mira uno con diez ó más perso-

nas: el papá y la mamá sentados en el medio, todos los hombres con la misma boca de él, todas las mujeres con la misma nariz de ella; uno mirando á la derecha, otro con la mano en un bolsillo, otro con la vista baja; no calcula el montón de sudores, de esfuerzos, de trabajos que le cuesta al fotógrafo su confección.

—Usted señor, ponga fisonomía más inteligente; abandone usted su aspecto de Sócrates bebiendo la cicuta. Usted señorita revele en la mirada un amor tierno; usted junte la boca en ademán de besar; usted baje el brazo porque no se trata de clase de box.

En fin, la tarea es horrible, gasta más las energías que si uno se sentara en la platea del Municipal á oír una ópera.





NOTAS EXTRANJERAS

Numerosas vistas se han publicado ó exhibido, sobre la Exposición de París, tomadas de revistas más ó menos recientes. Todas ellas nos han mostrado los palacios de las naciones y los edificios oficiales, con sus fachadas de piedra y su plétora de adornos, de cúpulas, de cariátides y atributos de toda especie. Pero ninguna de éstas, nos ha representado una idea vibrante y exacta del movimiento de la oleada humana, que día á día invade los mil recintos de la exhibición.

Por esto, con gusto damos á nuestros lectores la primera reproducción de una serie de hermosas fotografías, tomadas *sur le champ*, y remitidas por un inteligente colaborador nuestro que ha visitado personalmente los sitios representados, y que por consiguiente ha podido apuntarnos datos verdaderamente preciosos por su exactitud y plástica explicación.

La fotografía presente, nos muestra una vista general de la Exposición, desde la orilla opuesta del Sena, es decir, desde el Trocadero. En primer término se divisan los hermosos y originales pabellones de Argelia y Túnez; y á la izquierda la *Gran rueda*, que mide 100 metros de diámetro, y cuyo eje pesa 36,000 kilogramos.

Esta enorme rueda tiene 40 vagones y puede transportar 1,500 viajeros.

Bajo los enormes pies de la Torre de 300 metros, como ahora se llama á la Torre Eiffel, y entre los dos pabellones coloniales, un enorme reguero de visitantes se dirigen hacia el lejano Palacio de la Electricidad á admirar las maravillas que en su recinto muestra la maga de nuestro siglo.

TURISTA



PÁRRAFOS SUELTOS

Por un error atribuimos á *Zeuxis* el bonito dibujo que publicamos en la portada del número anterior, siendo que su autor es nuestro distinguido colaborador, don Nicanor González Méndez.

Solución á la frase hecha del número anterior:

«Echar el quilo.»

Origen, contrata, viaje y estreno de las Compañías Líricas

En la bella Italia es muy fácil encontrar una compañía, no digo lírica, sino épica si se toma en cuenta la sonriente odisea de todas ellas por algunos países sud-americanos.

Basta ir á Nápoles con los veinticinco mil pesos de la subvención y sentarse indiferentemente en la playa á escuchar las voces celestiales de los pescadores que con gargantas privilegiadas cantan al compás del remo hermosísimas romanzas.

Allí tiene el contratista tenores en abundancia; pero generalmente los sencillos pescadores no se dejan sacar fácilmente de su bahía azul para ir á correr aventuras y recibir en vez de dinero pifias en algunos países turbulentos.

Entonces el contratista se larga por una calle cualquiera y al encontrar un individuo infeliz, que perora desesperado arriba de un cajón recomendando un depilatorio especial, lo hace descender y le pregunta de una manera exabrupta:

—¿Es V. tenor?

—*Non signor.*

—Se trata de cantar en Chile.

—*Poveros chilenos egli sonne groseramente estafati.*

—Pero V. tiene una vieja vida sobre las tablas... de su cajón.

Otra vez el agente encuentra en el coronamiento de un edificio de Milán á un pobre jornalero que parado en su escalera canta melancólicamente al mismo tiempo que enbadurna la pared con una brocha.

—¿Y se atreverán á negar en Chile que éste ha cantado en la Scala de Milán, dice el agente contratando aquel famoso cantante en perspectiva.

Las contraltos son verduleras de edad provecita que ejercitan sus gargantas en pregonar su mercancía.

Las bailarinas son de procedencia desconocida y se las falsifica de una manera burda. La única condición que deben cumplir es la acrobática de levantar las piernas, alto, muy alto.

Se dota á todo el género femenino de pelucas, de dientes y de mamás postizas, se cambian los nombres y los apellidos poco dulces, en otros más llenos de armonía, se da un retoque general y se mete todo aquello en un vapor en el puerto de Génova.

En cuanto á los coros se reclutan hábilmente en Santiago y Valparaíso en los almacenes de italianos que se prestan gustosos para cantar acompañados de una espléndida orquesta.

Las comparsas se reclutan también aquí entre los pequeneros, los faltos ambulantes y las líricas conductoras.

—¿Quieres tú salir esta noche de obispo por cincuenta cobres? le dice un agente al primer roto que encuentra por la calle.

—Al tiro señor.

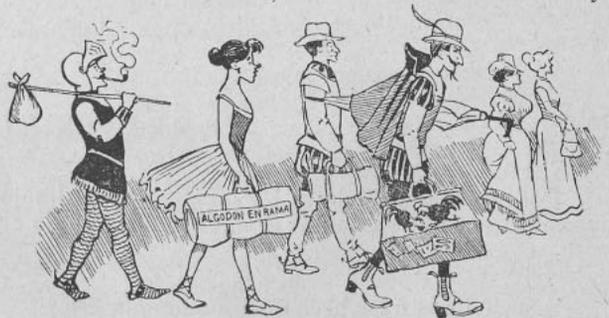
Respecto á los vestidos, se suprimen hasta cierto punto si se trata de bailarinas ó se compran otros adecuados á los diferentes papeles que van á desempeñar los diversos individuos.

Así ha bajado algunas veces en Valparaíso, el bajo con aspecto mefistofélico, llevando una maleta llena de funestos gallos concentrados, el barítono con aire sumiso que denota el fraude, las damas sobresalientes, cubiertas con grandes sombreros teatrales, bien entradas en carnes y en años, el tenor absolutamente resuelto á arrostrarlo todo y las bailarinas marchando sobre la mitad de sus piernas de diámetro raquítrico, que la otra mitad la llevan cuidadosamente envuelta en la maleta.

El *rèclame* que viene después es muy sencillo; casi todos los actores han cantado en San Petersburgo en el Liceo de Barcelona y en la Ópera de París.

Y al día siguiente del estreno aparece en la crónica de todos los periódicos un párrafo echado en el mismo molde que éste:

«Anoche ante un numeroso cuanto distinguido público se estrenó la compañía lírica con la ópera *I peste buboniché* con el más lisongero éxito.



Palcos, platea, pasillos, anfiteatro y cazuela se hacían estrechos para contener la concurrencia ansiosa de escuchar la famosa partitura del maestro Zapallini.

La señorita Laringetti en su papel de princesa de Siam demostró tener aventajadas dotes de cantante.

El tenor Catarrini hizo un espléndido Menelik y fué obligado á repetir varias veces la linda romanza del fin del 6.º acto *Addio stella divina d'il mio cuore*, arrancando nutridos aplausos á la concurrencia.»

Pero el balance es que ya los contratistas, lo mismo que la naturaleza tienen horror al vacío que se produce con tanta frecuencia en nuestro primer coliseo.



EL NEGOCIO DE LA SAL

No hay hombre en el mundo que no haya pasado alguna aventura, ya del género cómico ya del trágico.

El mundo es una masa informe de risas y de llanto: nacemos y morimos llorando, y pasamos la vida riendo, cantando y llorando, como unos locos.

Yo, que nunca he sido candidato á ninguna cosa, ni he vivido entre los vericuetos de la política, ni he desempeñado ningún papel de importancia en este mundo de embrollos, sino que apenas he sido un hombre con pantalones, he pasado también mis aventuras del género trágico, como es la que voy á referir á los lectores de INSTANTÁNEAS, si me da permiso el quisquilloso *Tío Grulo*.

No es del caso decir quien soy yo, pues para el interés de esta verídica historia tanto da que sea un marqués como un humilde hijo del celeste imperio.

No he sido nunca amigo de viajar; pero las circunstancias de la vida me han hecho corretear más de lo conveniente, gastando mis preciosos botines, comprados en la *Boteria Alemana*, como si dijéramos el forro del alma. He sido comerciante en granos, lo que no debiera decir, porque bien podía un chusco salir al través y decirme:

—No necesita usted pregonarlo porque lleva el aviso en la nariz y sus contornos.

Desde que el trigo subió á ocho, el negocio se descompuso de tal manera que hube de pensar en otro de más lucro.

Mi amigo X me indicó el de la sal como el mejor por el momento y me dijo haber oído que, yendo á buscarla personalmente á las salinas, se ganaba uno el ciento por ciento con sólo machacarse un poco las posaderas en los lomos de un caballo.

—De allá somos, me dije, y sin más averiguaciones tomé el tren y me lancé á Alcones para seguir de ahí á Cahuil, célebre por sus abundantes salinas.

Sin más percances que el pago del billete de primera clase y de cinco pesos que un buen costino me cobró adelantados por el alquiler de un caballo, el más malo que ha llevado el nombre de tal, llegué á la caída del sol á Pichilemu y ya bastante oscuro á Cahuil, después de haber andado mis doce leguas mortales.

Mi guía me llevó á la mejor casa del lugar, la de un tal *ñor* Vicente, patrón de cuatro botes pescadores, el que, al decir de los malas lenguas, tenía en su casa muchas comodidades.

—En fin, decía yo entre mí, tendré un buen alojamiento y en él lograré poner cada hueso en su lugar.

—Buenas noches! grité al llegar á las puertas de la casa, tal vez sin hacerme oír á causa de la bulla infernal de cinco ó seis quiltros que hacían bailar á mi sudoroso rocín con los mordiscos que le daban en las patas.

Por única contestación obtuve el crujido de dos trancas que se afirmaron sobre la puerta.

Después de gritar media hora y clamar por todos los santos que me abrieran la puerta, porque era un comerciante que iba de Santiago y que en esa casa no buscaba otra cosa que un alojamiento, logré que el dueño de casa asomara la punta de la nariz por entre la entornada puerta para decirme:

—Aquí no hay alojamiento, señor; vaya usted más arriba, á casa de mi compaire Andrés.

—Téngame usted lástima porque vengo muy cansado, con hambre y medio entumido de frío, insistí yo.

—Señor, aquí somos pobres y no *tenimos* comodidad.

—Pagaré á usted lo que me pida por una cazuela y una cama.

—En fin, hay que tener *caridá*, apéese y le arreglaremos una camita, más que sea por esta noche.

—Es lo que pido; mañana me voy de todas maneras, decía yo dando un suspiro, mientras me desmontaba, como si se abrieran para mí las puertas del cielo.

La descripción de la casa de mis huéspedes es inoficiosa, porque no hay tal vez ninguno de mis lectores que no haya visto las casas de los pobres del campo: una pieza más ó menos larga en que se amontonan camas, mesas, cajones, sacos con trigo, maíz y papas; vestidos, enaguas y panta-

lones colgados en la pared; cebollas colgadas en las vigas; santos colocados en las murallas y mugre y basura en todas partes.

Mientras la dueño de casa con sus hijas, dos muchachonas morenas y vivas con dientes preciosos, como suelen tenerlos los costinos, me preparaban la cazuela, tomé datos de mi huésped sobre el negocio que me llevaba á esos mundos. Por él supe que para llegar á las salinas era necesario andar todavía dos leguas más, pero que era inútil hacer este nuevo sacrificio porque no había un grano de sal.

—En invierno, señor, me decía *ñor* Vicente, no se puede sacar sal y la cosecha del año pasado ya la han llevado *pa* afuera los comerciantes; si usted quisiera comprar *en yerba* tal vez encontraría quien le vendiera; pero la gente está *agora* muy tramposa y no paga.

Comprar *en yerba* llamaba mi huésped comprar para el tiempo de la cosecha pagando desde luego.

Estuvo la cazuela y comí con verdadero apetito aquel guiso que en otra circunstancia no habría probado, y, después de conversar un poco más, pregunté por mi alojamiento porque deseaba madrugar para volverme al día siguiente.

Se me dió una cama en el rincón del rancho, con sábanas de tocuyo aunque recién mudadas, lo que me hizo concebir la esperanza de dormir como un angelito aquella noche.

Apénas apagué la vela y como buen cristiano rezé mis oraciones de la noche, sentí una aguda picada por el pescuezo y después otra, y diez y ciento y mil por las piernas, brazos, pecho y espaldas, y carreras y trajiñes por todo mi cuerpo como si me hubiera acostado en un enjambre de hormigas. Me muevo para todos lados, me rasco con furor con ambas manos, me afebros, se me envenena la sangre, me siento, me paro sobre la cama, me saco la camiseta; todo inútil, me comen las pulgas. Enciendo luz y ¡oh compasión! estoy negro... En medio de mi desesperación me levanto, despierto á mi huésped, pago otros cinco pesos y á media noche tuve que escapar de aquel pulguero en el que habría dejado mis huesos en una hora más.

¿Qué otra cosa tenía que suceder?

Me había ido á meter para mal de mis pecados á la casa de *ñor* Vicente Pulgar, ó como lo llaman los costinos *ñor Bicho Pulgar*.

I. EGAVRA

❦

LO IDEAL Y LO REAL

Cierto gato adolescente,
y por ende soñador,
hablaba á su preceptor
de la manera siguiente:

—Maestro, he dado en pensar
que sería un gran placer
tener alas y poder
dejar la tierra y volar;
y ver qué son las estrellas
y de dónde están colgadas;
si hay almas enamoradas
que nos aguardan en ellas;
ver del mundo los confines,
y saber si el firmamento

es el blando pavimento
que piensan los serafines;
saber por qué sinsabores
apenas nace la aurora,
brillantes lágrimas llora
con que se adornan las flores;
alas quiero, sí señor,
alas, y poder volar
y para siempre dejar
este mundo engañoso.

—¡Esas ideas propalas!
con sorna el otro le dijo.
¡Bah! ¡afila las uñas, hijo,
que valen más que las alas!

❦

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

...*Señor Amílcar Zegers Pau*.—No están mal sus *Rimas*; pero la forma está muy descuidada.

...*Señor P. T. Z.*—No es bastante. Huya V. de imitar á Taboada y tal vez haga algo bueno.

...*Señor C. M.*—No podemos publicar la caricatura, porque está muy mal dibujada.

...*Señor Mera*.—Son demasiado vulgares los cantares; por ser principiante se le puede perdonar.

...*Señor Cachalote*.—Su artículo hubiera resultado bastante bueno, si se hubiera cuidado de purgarlo de algunas vulgaridades que tiene.

...*Señora M. S. v. de D.*—¡Virgen Santa! Y á eso llama V. epigrama!

...*Señor I. Egavra*.—Agradecemos sus graciosas composiciones.

En el presente número publicamos una de ellas; en otro número saldrá la otra.

...*Señor R. V. V.*—Muy vulgares, y además, con muchas faltas de ortografía.

EL LADRON



NATURALMENTE exclamó el doctor Cifuentes—la historia que voy á referir á Vds. habrá de interesarles por su rareza heroica.

Se trata de uno de esos tipos que se lanzan á todo género de aventuras, armados de un valor indomable y despreciando siempre toda clase de peligros.

El sujeto á quien aludo había perdido al juego toda su fortuna, y apenas le quedaba lo necesario para atender á las más perentorias necesidades de la existencia.

Yo le conocía muy á fondo y le quería como esos tíos solterones quieren á sus sobrinos calaveras, cuyas faltas son irremediamente perdonadas.

Gustavo—que así le llamaremos—me había elegido por confidente y me daba cuenta de todas sus travesuras, hablándome como si se refiriese á un amigo suyo y no á él.

Un día, en un baile, el pobre muchacho se enamoró perdidamente de una hermosísima joven, tan perversa y mal educada como admirable por su espléndida belleza.

La muchacha le correspondió y al poco tiempo llegó á idolatrarle con una pasión frenética, violenta, indescriptible.

Entregada á sí misma por unos padres frívolos é imprudentes; neurótica á consecuencia de sus malsanas lecturas; instruída por lo que veía, por lo que oía y por lo que sorprendía en torno de su artificial y engañador candor, resolvió hacer su voluntad, sin cuidarse para nada de la actitud de sus progenitores, que infatigados con su abolengo y su dinero, sólo pensaban en casarla con un aristócrata cargado de millones.

Y la entereza de Gustavo se fué cansando poco á poco, arrastrada por la corriente que lo envolvía, llevándole á lo desconocido.

Los dos amantes se escribían con frecuencia y se reían en los bailes, hasta que los padres de la joven, conocedores al fin de las relaciones de su hija con mi amigo, resolvieron custodiar á la niña muy cuidadosamente, obligándola á permanecer encerrada en casa semanas enteras.

El doctor se interrumpió con los ojos inundados de lágrimas como si se sintiera nuevamente emocionado por los hechos que estaba relatando, y al poco rato prosiguió en los siguientes términos:

—Una noche, conteniendo la respiración y espiondo el ruido de, sus pasos, como un malhechor que se introduce en una casa, saltó Gustavo la pared del jardín, trepó á la casa por una reja y entró á las habitaciones interiores por una ventana que casualmente encontró abierta.



Es de advertir que mi amigo conocía la casa, por haber estado varias veces en ella cuando nadie abrigaba la menor sospecha acerca del profundo amor que embargaba por completo su espíritu.

Eran las dos de la madrugada y todo el mundo dormía en la casa, cuyas principales salas cruzó Gustavo de puntillas, á fin de evitar que se oyera el más leve rumor.



Pero cuando iba á llegar al aposento de su amada, tuvo la desgracia de chocar contra una mesa que cayó en tierra, produciendo un ruido espantoso en medio de la noche.

Y por casualidad, ya sea que sufriera un ataque de jaqueca, ó que estuviera entretenida en la lectura de un libro interesante, la madre de la joven, atterrizada por aquel ruido inesperado, que turbaba la solemne tranquilidad de la casa, saltó del lecho, abrió la puerta de su cuarto y distinguió una sombra fugitiva, cuya presencia la llenó de estupor.

Creyendo, como era natural, que se trataba de un ladrón, llamó á su marido y á sus criados, gritando con todas las fuerzas de sus pulmones.

El desdichado, comprendiendo lo horrible de la situación en que se hallaba y prefiriendo pasar por un miserable ladrón antes que comprometer el honor de su amada, se apoderó á tientas de varios objetos menudos que encontró encima de varios muebles y con todos los bolsillos llenos de chucherías de alto precio, se acurrucó detrás de un piano de cola, como un animal vencido y alcanzado por el cazador que le persigue.

Allí le encontraron los criados, que acudieron presurosos con candelabros encendidos, y allí fué donde le insultaron, le echaron la mano al cuello, le maniataron y le condujeron, medio muerto de vergüenza y terror, á la comisaría más cercana.

Gustavo se defendió ante sus jueces con fingida torpeza, sostuvo su papel sin el menor desfallecimiento, sin lanzar un suspiro de desesperación ó de angustia, y fué condenado, degradado y martirizado, como el más vil y miserable de los hombres.

Mi infortunado amigo no formuló protesta alguna y fué á cumplir su condena en medio de esos seres pervertidos á quienes rechaza la sociedad como maléfica y contagiosa plaga.

Gustavo murió de tristeza y de amargura, pronunciando en voz baja, como una plegaria extática, el adorado nombre del ídolo por quien se había sacrificado y remitiéndome por medio del sacerdote que le había dado la extremaunción un largo testamento, en el cual, sin acusar á nadie, sin levantar el más leve velo, explicaba al fin aquel enigma, se purificaba, se lavaba de las acusaciones, cuyo peso había soportado con sorprendente resignación hasta el momento de exhalar su último suspiro.

Después supe que la joven se había casado y había tenido hijos, á los que educa, al parecer, con la austera severidad de los padres de otros tiempos ya remotos.

SOMAR

(Ilustraciones de J. D. Saridakis)



RIPIOS CLÁSICOS

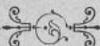
Sale la luna en *argentado coche*
porque sale de noche;
si saliera de día
¡vaya V. á saber dónde saldría!

Y tienen las mujeres labios *rojos*
porque, además de labios, tienen ojos;
los cuales ojos y los cuales labios,
ora fingen *enojos*,
ora cuentan al cielo sus *agravios*.
¿No es *letal* el veneno?
¿No es *allo* cualquier seno
aunque sea la hurí que se retrate
mulata del color de chocolate?
Quien tiene *de marfil* siquiera un diente
tendrá el cuerpo *gentil* seguramente,

y ni un vate se olvida del cabello
cuando se acuerda del *ebúrneo* cuello.

Un ósculo en la boca
se debe desear con *ansia loca*;
le adora con *amante desvario*,
se gime con el *alma traspasada*,
y ya se sabe que el sepulcro es *frio*
y la tumba es *helada*.

Item más: las huríes
han de tener diamantes y rubíes...
I así nos divertimos
versificando en broma,
¡y hasta creyendo á veces que escribimos
con perfecto dominio del idioma.



No me tengas envidia, desdichado;
aun más pobre que tú me considero:
tú buscas pan, y te lo dan á veces,
yo busco un alma que jamás encuentro,
un día y otro día... y los que pasan
me vuelven la cabeza sonriendo...
—¡Por caridad! ¡por caridad!... y siempre
—¡Perdone usted, no llevo!

—Como te he dado un beso,
me dice el cura
que voy á condenarme
por mi locura.
—Pues si eso es cierto,
toma y no te condenes,
te lo devuelvo.

Sombrerería de Lujo

Gran Realización de los Artículos de la Temporada



Próximo á llegar un gran surtido de artículos para Verano, realizamos en un

40% DE REBAJA

las mercaderías de Invierno, consistentes en artículos para hombres y niños.

Armando Alonso y Ca.

ESTADO, 102, ESQUINA MONEDA, 901

CAMBIO REPENTINO



No hay un hombre más feo que Amadeo;
¡Hasta su misma madre lo halla feo!
Ni una mujer le ha puesto buena cara;
Pero ayer en la Plaza ¡cosa rara!
Diez y ocho niñas todas muy hermosas
Le iban diciendo frases amorosas.
¿Qué originó este cambio tan extraño?
—Un terno de vestón de muy buen paño
Que don Pedro Pascual le hizo en un rato
I exigiéndole un precio muy barato.

ESTADO, 52

SASTRERIA PARISIENSE

Simpson y Ca.

El Almacén predilecto de las Familias

Almacén de Té y Provisiones

Estado esq. de Agustinas-SANTIAGO-Teléfono Inglés, 302

Gasilla 6, Teléfono Nacional 140

→ T É ←

El surtido más grande en Santiago. Gran surtido de con
servas inglesas, francesas, alemanas é italianas. Porcelanas
oristales, plaqués, quincallería, cuchillería y artículos en-
lozados.

